

de los personajes, el climax todo de la narración, es egabrense, a pesar de eso que se ha llamado el esteticismo de Valera, a pesar de lo pulido del lenguaje, a pesar de la a veces excesiva limpidez y clasicismo de las descripciones.

En tal sentido habríamos de considerar también el pensamiento de Valera, su escepticismo, que no era tal ni tanto; su resabio de clasicismo helenista y latino, su equilibrio, su tolerancia, su complacencia, su discreto hedonismo; considerados todos estos aspectos de su personalidad, ¿en qué medida son fruto de su formación, cultural, filosófica, humanista, y en qué proporción raíces de su tierra? ¿Hasta qué punto —pensamos— el hombre, incluso un hombre de tan universal espíritu como Valera, es siempre un árbol desarraigado, trasplantado, sentido de su tierra primera? "Morsamor", quizás su obra menos leída, es, a nuestro parecer, la más hondamente personal; por eso también la más empapada del espíritu de su tierra, de serena gravedad, de severidad disimuladamente entretejida con el más sutil sentido del humor. Pensamos que, en lugar de una cita de Camoens y otra de Virgilio, Valera debió haber puesto en la cabecera de "Morsamor" unas citas de Séneca, de Maimónides, de Góngora.

Es justo que, aunque sea setenta años después de muerto, don Juan Valera torne a su tierra, dicho así con la más rigurosa exactitud.

Juan INFANTE-GALAN

DON JUAN VALERA, EN LA FERIA DE ABRIL DE 1851

Ahora quiero hablarle de mi viaje a Cádiz y Sevilla, a donde pasé aprovechándome de mi comisión diplomática y después de haberla cumplido; donde tuve el gusto de ver la Semana Santa y la Feria; y donde agradablemente entretenido me faltó tiempo para escribir a Vd., por lo que no deberá extrañar la falta de mis cartas.

El Miércoles Santo por la noche llegué a la capital de Andalucía, saboreando los gratos recuerdos que las lindas gaditanas, celebradas por los poetas, desde Anacreonte hasta Byron, habían dejado en mi alma, y gozando de la visión divina de la más hermosa de ellas, Doña Emilia Muñoz, compañera mía de viaje que ojalá lo siguiera siendo, y de las fértiles y poéticas orillas del Guadalquivir, cuyo limoneros embalsaman el ambiente. No le digo a Vd. la de antiguos amigos que allí encontré, las damas elegantes, las majas salerosas, y las garbosas gitanas que ví, admiré y traté, y que

me hicieron olvidar hasta a la Emilia Muñoz porque sería cosa de nunca acabar.

De las fiestas de Semana Santa, riqueza de las imágenes, numeroso concurso, monumento, miserere, &, tampoco le hablo porque no ignoro —quid valeant homere quid ferre recusent— y porque temo hacer libro lo que es carta. Ocho días estuve en Sevilla, de los cuales ni un solo momento tuve de fastidio, y poquísimo de reposo. El Sábado de Gloria comenzó la Feria, y las diversiones mundanas, corrida de toros, paseos, teatros, bailes y carreras de caballos. En todo me hallé y todo me parecía divinamente. Desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche había en la Feria el más alegre bullicio que imaginarse puede; gente de toda la Andalucía, vestida con el traje del país, gitanos, ingleses, majos, y niñas de feria, si no tan poéticas y primorosas como la del primoroso y poético romance de Vd., que casi rayaban en aquella ideal perfección: Muchas de las principales señoritas de la ciudad salieron vestidas a lo majo, luciendo la gentileza y buena disposición de los cuerpecitos graciosos; las que no, iban todas con mantilla, y en el modo de andar, contoneo airoso, modales, manejo de abanico, esgrimir de miradas, e inimitable desenvoltura, dando a conocer a tiro de ballesta que eran hijas de la tierra de María Santísima. Al abrigo de una tienda de lienzo, y en compañía de ciertas primitas mías de lo más delicado que se presentó en la feria, acostumbraba yo almorzar diariamente, agasajado por ellas, con rico jamón, embuchado, aceitunas, pastelillos, y para fin y postre, después de varios dulces, rosquillas y otras chucherías, espumoso chocolate y ligeros buñuelos. Sin que faltase a aquellos manjares el sainete y el entremés de lánguidas y voluptuosas miradas que yo lanzaba a los hermosos, rasgados, traviesos y amorosísimos ojos de Pilar, la más linda de mis primas; y el delicioso incentivo de la manzanilla, y el jerez, que daban a los ojos aquel adormecimiento vaporoso, y aquel fuego divino que penetra en el alma y la enciende en deseo; como dice el poeta Hafiz, o yo no sé qué otro poeta del Oriente. Mucho, muchísimo, me divertí también en los bailes de palillos, que fueron tres en los que estuve, y a no faltarme tiempo e ingenio ya contaría a Vd. primores del último, cuyo recuerdo me es en extremo grato por haber tenido yo en él la más dulce, feliz y delicada aventura que en toda mi vida he tenido.

Suyo,

J. VALERA

(Carta de Valera a Estébanez Calderón, Lisboa, 10, mayo, 1851).